

Bestiario chileno

De perlas y cicatrices

Pedro Lemebel, Lom Ediciones, Santiago, 1998.
214 páginas.

Es difícil no quedar embriagados con la personalidad, con el discurso irreverente y cuestionador de Pedro Lemebel. Si nos atenemos a su prosa verborreica alucinante, descubriremos que los secretos de la vida no están en el centro, sino que en el borde, en lo que se quema: en las cárceles, en los drogadictos, en los homosexuales o en los marginales.

Esto tiene mucho que ver con mostrar o contar las cosas que suceden en la sociedad. Así, en estos tiempos tan hipócritas, en esta seudodemocracia segregadora, aparece Lemebel como una voz que dice lo que no dicen nadie.

"De perlas y cicatrices" es un libro que en cierto modo vuelve a escribir la historia que, desde la recuperación de la memoria, desde los hechos cotidianos y desde el horror cuestiona las raíces de un presente agobiador. No se trata del texto acomodaticio, ni de la entibiada timidez de la puerilidad con que se cubrieron aquellos panegéricos a la hora de la espada. Por el contrario, es la respuesta con ira, con dolor y también con profunda humanidad, pero sin transar, a esos vociferantes defensores de los valores "occidentales y cristianos": esos triunfadores de opereta que con grandes dosis de patriotismo institucionalizaron las persecuciones, los silencios, las muertes y las distancias.

El texto de Lemebel es el resultado de una reflexión y una traducción posterior a la experiencia vivida y observada como sujeto, como testigo, como crítico y como escritor. En este sentido, es una narrativa metatestimonial urgente, de compromiso social e individual, entretejida con elementos literarios, autobiográficos y no literarios.

Es un libro que nos va entregando historias cáusticas, en una suerte de contrapunto, que constantemente desmitifican una historia oficial y su escritura está signada por la necesidad de perforar los velos que han encubierto la destrucción y la humillación de los vencidos.

En muchas de sus crónicas Lemebel reflota el estereotipo, procedente de la propaganda comercial o política, de la paraliteratura o incluso de la misma literatura para reutilizarlo con efectos de pastiche en el emparejamiento de palabras de distinto nivel o registro, incluso de códigos diferentes, para conseguir un resultado de extrañamiento que causa una impresión irónica o paródica. El lenguaje es enriquecido por lo propio, las palabras son de nuevo cargadas, recreadas, pero con los elementos de nuestra idiosincrasia.

Para Lemebel la realidad aparece como un conjunto evocado de hechos abigarrados que sólo adquieren sentido en el acto de ser escritos o fijados. Lo vivencial, las experiencias concretas desde un plano personal posible sólo son comprensibles en la condición pendular de la vida, en el estar consigo mismo y con lo otro.

Contar ese desencanto, confesarlo, crea una distancia protectora. El mundo de las palabras es una salvaguarda del mundo real, o permite soportarlo. La escritura es, de nuevo, una defensa. El dolor vivido recomponiéndolo en la trama audaz del lenguaje, permite crear un espacio menos restringido, que genera la posibilidad de la enunciación, de la afirmación del yo-nosotros. Si la escritura remite a la vida, mucho más a menudo la vida remite a la escritura. No hay tránsito entre la narración y los hechos vividos. Lo verdadero y lo falso, lo real y lo imaginario están inextricablemente mezclados.

No es difícil darse cuenta que "De perlas y cicatrices" se alza, de manera subversiva, en contra de la paulatina destrucción de la cultura alfabética, la supresión de la historia por ignorancia crónica, y el establecimiento de la ley de la jungla, donde sólo los ganadores tienen la palabra.



Pedro Lemebel.